

BORGES

AIZ



La Biblioteca de Babel
colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

El hecho de que el género literario que yo prefiera sea la enciclopedia se debe a varias razones. Una, que es honrosa: mi curiosidad; otra, que es menos honrosa: mi haraganería. Pero la más importante de todas, quizá sea esta: la cuota de sorpresa, de suspenso, como se dice ahora, que hay en las enciclopedias. En un libro se sabe con antelación lo que se encontrará; es decir, que uno sabe que le espera tal o cual cosa de acuerdo al tipo de libro que se haya elegido. Esto no sucede en una enciclopedia, ya que está regida por el orden alfabético que sencillamente es un desorden, sobre todo si uno piensa en los temas.

Jorge Luis Borges

Prólogo

En las postrimerías del siglo XVII Robert Hooke —a quien hoy consideraríamos, como mínimo, arquitecto, astrónomo, biólogo, escultor, físico, lingüista, matemático y médico— calculó el número de ideas que puede concebir nuestra mente: 3.155.760.000.

A diferencia del ingenioso sabio británico, no me creo capaz de averiguar la cifra concreta que correspondió a Jorge Luis Borges, ni tan siquiera la de aquella parte que se publicó en vida del escritor a través de libros, revistas, diarios, micrófonos y cámaras. Sin embargo, pese a este inconveniente, Jacobo Martínez de Irujo me propuso, para concluir la «Biblioteca de Babel» en su versión española, que recopilase en orden o ficción alfabética algunas de las ocurrencias de Borges. ¿Y qué mejor, en verdad, que un «Cristo» (así se llamaron también los abecedarios de antaño por la cruz que los encabezaba) para este número treinta y tres de la serie?

Pero al emprender la tarea me vinieron al magín las palabras que el maestro Gonzalo Correas (inventor, a su vez, de un nuevo orden alfabético: AEIOU, rLNSZXD, FGBKPTV, MRrChLIÑH) dejó dichas en su Arte de la lengua española castellana (1625): «Las letras deste Abecé —el erudito extremeño se refería al tradicional, no al suyo— y las de todos los alfabetos de las lenguas y naciones del mundo, están sin orden ni concierto de lugar y procedencia, sino echadas y arrojadas una acá y otra allá, como acaso cayeron sin consideración ni razón alguna». Resignado ante tan inevitable arbitrariedad, decidí organizar mi trabajo sin desdeñar su es-

encia paradójica. Tal vez por ello me empeñé en agotar todo nuestro alfabeto, aun a riesgo de emparejar un ñandú con Ortega y Gasset. Otros detalles tales como la mención de «Hispanoamérica», «Latinoamérica» y «Sudamérica» en sucesivas letras, tampoco contribuyen, por cierto, a disimular lo artificioso del conjunto.

Cuatrocientos años atrás habría bautizado este libro de la forma que imagino más adecuada: *Silva borgiana* de varia lección, al estilo de la enciclopedia —frecuentadísima por Cervantes y tantos otros ingenios de su tiempo— del «magnífico caballero» Pedro Mejía; pero nuestro sufrido castellano actual no consiente con alegría un título tan campanudo. Y como resulta raro un diccionario escaso en sorpresas o perplejidades, para no defraudar esa expectativa, las páginas que siguen hospedan, sin discriminación, al apóstata Coifi y al demócrata Kennedy. ¿Por qué no pensar, también, que la longitud dispar de los diversos textos conviene al propósito de no ofrecer una simple *crestomatía* de frases lapidarias?

Resumamos en dos los muchos abecedarios posibles: uno, el inventario de tópicos en el que se acumulan, con más comodidad que fortuna, espejos, laberintos, tigres o declaraciones estrepitosas; otro, la miscelánea que, en vez de simplificar, alude a las complejidades de una obra inagotable. El lector juzgará si, como era mi intención, he logrado evitar en algo la primera posibilidad. Espero que el reencuentro con alguna línea olvidada o la lectura de algún párrafo de dificultoso hallazgo sirvan de justificación. Compilar fragmentos, fingir temas, distribuir letras. Quizá el único acto libre de impostura que este libro me permite es la dedicatoria a María Kodama y a la memoria de Borges, quien la última vez que nos vimos, en el suave diciembre romano de 1985, se despidió diciéndome: «... Hasta una próxima reencarnación».

Antonio Fernández Ferrer

A

Ajedrez

El ajedrez nació, quizás, en la legendaria Atlántida, y muchas de sus piezas han ido cambiando de forma con el tiempo. Por ejemplo, el caballo era el caballero, y el alfil, que es una deformación de marfil, era un elefante. Es increíble cómo una cultura que se desarrollaba con juegos como el ajedrez, haya degenerado a juegos tan vulgares como el fútbol.

Barnatán, 1978

Amistad

La amistad no es menos misteriosa que el amor o que cualquiera de las otras faces de esta confusión que es la vida.

El informe de Brodie, 1970

Creo que la amistad es la mejor pasión argentina.

Arias, 1971

La amistad pervive. Sí, aunque los amigos no se vean seguido. Yo soy muy amigo de Mastronardi y nos vemos escasamente. El amor, en cambio, requiere milagros, pruebas y confirmaciones permanentes.

Borges & Sábato, 1976

Amor

Enamorarse es crear una religión cuyo dios es falible.

«El encuentro con Beatriz», 1949

Vale la pena ser desdichado muchas veces, para ser feliz un minuto.

Petit, 1980

Estar enamorado es percibir lo único que hay en cada persona, eso único que no puede comunicarse salvo por medio de hipérbolos o de metáforas.

«Así escribo mis cuentos», 1981

Enamorarse es producir una mitología privada y hacer del universo una alusión a la única persona indudable.

Contraviento, 1984

Parece que esta época se ha apartado de todas las versiones del amor... parece que el amor es algo que debe ser justificado, lo cual es rarísimo, porque a nadie se le ocurre justificar el mar, o una puesta de sol, o una montaña: no necesitan ser justificados.

ABC, 1986

Anglosajón

Empezó por mi interés —que mantengo, pero menos vivo— por la metáfora. Por el hecho de saber que los sajones de Inglaterra y los escandinavos tenían un sistema rígido de metáforas (...). Entonces, me interesó el hecho de saber que las lenguas germánicas tenían un sistema de metáforas. Desde luego, esas metáforas las había inventado alguien, pero en algún momento llegaron a fosilizarse. Y entonces se incorporaron al texto. Por ejemplo, no se decía

batalla, sino «encuentro de lanzas», «fiesta de espadas», lo que fuera. Eso se hizo por razones de aliteración. Entonces me interesé mucho e indagué. Logré averiguar que ese sistema se dejó de aplicar cuando en Inglaterra desapareció el anglosajón. Eso me llevó al anglosajón. Después aproveché el hecho de tener una cátedra de literatura inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras, para proponer a mis alumnos el estudio del anglosajón. Mis alumnos aceptaron. Busqué libros, los consulté, comprobé que hasta yo mismo tenía libros sobre el tema que nunca había indagado, y así fue que empezamos a leer la crónica anglosajona. Recuerdo que lo primero que me impresionó fue una frase que nos embriagó tanto que corríamos por la calle Perú gritándola: «Julius Caesare eraest Romana Brettenlord gesohte» («Julio el César fue el primero de los romanos que vino a Bretaña»). Yo pensé que alguno de mis mayores había hablado ese idioma y supuse que quizá había compuesto esa línea, ¿por qué no? Y así empezó la cosa. Ya no fueron razones filológicas, porque realmente hemos estudiado muy poco la gramática. Cuando comenzamos a estudiar la gramática, todos, empezando por mí, teníamos ganas de abandonar el anglosajón. Pero también encontramos bellezas que son intraducibles. Tanto, que llegué a pensar que una definición de un verso bueno sería un verso que no es traducible. Porque si es traducible quiere decir que depende demasiado del sentido; no sé, pero los versos tienen que ser algo misteriosos, tienen que depender en algo del sonido. Por eso, a usted le pareció linda esa frase en anglosajón. Otra cosa linda: los anglosajones le daban a Roma el nombre de Romaburg (Romaburgo). Después, hay inscripciones lindas en anglosajón; fíjese en ésta: «La sepultura es la última casa del hombre». Además, el sonido de las eses, un sonido magnífico, que aún se conserva en Escocia... En fin, el estudio del anglosajón y la conciencia de que nunca lo sabré todo... es como una especie de tarea infinita en la

que nunca hay que apresurarse porque nunca se puede llegar al fin.

Giménez Zapiola, 1974

Antología

Posiblemente ahora los mejores poetas contemporáneos sean nombres ignorados por nosotros, en países que no sospechamos. A lo mejor el primer poeta del año mil novecientos setenta y tantos es un señor que está escribiendo en Borneo o en Suiza. Las cosas se saben con el tiempo.

Eso se nota mucho en las antologías: Vd. toma cualquier antología y el principio es bueno porque la selección ya ha sido hecha por el tiempo. Hay un libro que se llama Los cien mejores poemas de la lengua española, hecho por Menéndez Pelayo que sabía algo sobre el tema. En principio tiene poemas muy lindos —romances, sonetos— de todo: Fray Luis, San Juan de la Cruz... Luego, cuando llega al siglo XIX, está completamente perdido. Incluye escritores latinoamericanos como el de «A la agricultura en la zona tórrida» que es malo; la otra es Salomé Henríquez Ureña, la madre de Pedro Henríquez. Los demás son como si no existieran para él. Él tenía razones de amistad. Él tenía que incluir a poetas que eran amigos de él... Sí, de modo que usted cuenta entre las cien mejores poesías de la lengua castellana, poesías de personas que nadie recuerda ahora o poetas del siglo XVIII, que fue tan pobre en España (...), pero, con todo, es mejor la primera mitad de la antología y eso no se explica sólo por la decadencia de España: se explica por el hecho de que toda antología contemporánea —incluso la que usted o yo podamos hacer— tiene que corresponder un poco a amistades (...).

Claro, pero en el caso de los muertos, no hay simpatías ni antipatías. Posiblemente Virgilio era una persona insufrible. El Dante no creo que haya sido muy querido y Milton debe

haber sido una persona espantosa, ¿no? (...). Claro, y Hernández, por ejemplo, que se reverencia tanto en la República Argentina, no impresionó a ninguno de sus contemporáneos, porque no hay anécdotas de él.

Gutiérrez de Lucena, 1975

Argentina

También es lícito decir que la mejor tradición argentina es la de superar lo argentino.

«Un destino», 1961

Y ya que he hablado de Sur, ya que Victoria Ocampo nos ha congregado, quiero repetir, para terminar, una vindicación de Sur, del espíritu de Sur, del espíritu de Victoria, que he debido hacer otras veces. Y es la absurda acusación de falta de argentinidad. La hacen quienes se llaman nacionalistas, es decir, quienes por un lado ponderan lo nacional, lo argentino y al mismo tiempo tienen tan pobre idea de lo argentino, que creen que los argentinos estamos condenados a lo meramente vernáculo y somos indignos de tratar de considerar el universo. Ahora bien, es difícil definir lo argentino, precisamente porque lo argentino es algo elemental y lo elemental es de difícil o de imposible definición. Pero si ya existe en el cielo platónico un arquetipo de lo argentino, y creo que existe, uno de los atributos de ese arquetipo es la hospitalidad, la curiosidad, el hecho de que de algún modo somos menos provincianos que los europeos; es decir, nos interesan todas las variedades del ser, todas las variedades de lo humano; nos interesan todas las variedades de la geografía y de la historia, del espacio y del tiempo. Y esa tendencia argentina a ver el universo y a ver no sólo lo que ocurre aquí ahora, sino lo que ocurrió en otras partes, lo que ocurrirá en todas partes. Todo eso ha

sido estimulado generosamente, admirablemente y eficazmente por nuestra admirable amiga Victoria Ocampo.

«Los premios nacionales de poesía», 1964

La patria es un problema; el presente siempre lo es, ya que comporta un desafío, ya que el Juicio Final —el día más joven, como lo ha llamado Alemania— está perpetuamente ocurriendo. Creo, sin embargo, que tenemos algún derecho a la esperanza. Del más despoblado y perdido de los territorios del poder español, hicimos la primera de las repúblicas latinoamericanas; derrotamos al invasor inglés, al castellano, al brasileño, al paraguayo, al indio y al gaucho, que luego elevaríamos a mito, y llegamos a ser en un continente de superficiales y pequeñas aristocracias y de multitudes indígenas o africanas, un honesto país de clase media y de sangre europea. Carecemos o casi carecemos (loados sean los númenes bienhechores) de la fascinación del color local, propicia al turismo.

«Prólogo», *Qué es la Argentina*, 1970

B

Belleza

¿Los tranways de caballos y los compadritos que empezaban por un amejicanado chambergo gris y terminaban en botines de charol no solicitan acaso nuestra nostalgia? Hoy cantamos al gaucho; mañana plañiremos a los inmigrantes heroicos. Todo es hermoso; mejor dicho, todo suele ser hermoso, después. La belleza es más fatalidad que la muerte.

El idioma de los argentinos. 1928

Lo que cada uno puede conocer es muy poco, pero quizá a cada uno le sea dado lo esencial en distintas formas. Entonces, todas las sugerencias humanas son iguales o igualmente preciosas. Por ejemplo, yo no sé nada de literatura húngara, pero, sin duda, esa literatura tiene bellezas no inferiores a las literaturas que yo conozco. Sería muy raro que no existieran. Creo que a todo poeta le ha sido deparado escribir el mejor verso del mundo; a algunos muchos y a otros uno solo. Combinando palabras y soñando sería muy raro no haber dado alguna vez con el verso, que por un momento, sea único. La belleza no es un hecho raro, no es un hecho concedido a pocos hombres. Creo que la belleza nos acecha, y aquí vuelvo a recordar a Cansinos Asséns que formuló esta extraña plegaria a Dios: «¡Oh, Señor, que no haya tanta belleza!» ¡Estaba abrumado por la belleza! ¡Có-

mo se nota que era un verdadero poeta! ¡Una frase espléndida!

«Coloquio», 1985

Biblioteca

Como ciertas ciudades, como ciertas personas, una parte muy grata de mi destino fueron los libros. ¿Me será permitido repetir que la biblioteca de mi padre ha sido el hecho capital de mi vida? La verdad es que nunca he salido de ella, como no salió nunca de la suya Alonso Quijano.

Historia de la noche, 1977

Yo no tengo ningún libro mío en casa. No, porque yo cuido mucho mi biblioteca. ¡Cómo voy a codearme yo con Conrado con Platón! Sería ridículo. Yo no tengo libros míos y libros sobre mí, leí uno no más. Después no he leído ninguno de los otros. Por ejemplo, a Alicia Jurado le dije: «Mira, yo te agradezco mucho que hayas escrito este libro, pero yo no voy a leerlo porque el tema no me interesa o me interesa demasiado. Estoy harto de Borges». Y ella me dijo: «No, si es un libro en que no vas a encontrar nada desagradable». Bueno, le digo: «Sí. El tema. El tema central me es desagradable».

Alberti, 1985

Borges, Jorge Luis

La ya avanzada edad me ha enseñado la resignación de ser Borges.

El informe de Brodie, 1970

Ustedes se equivocan conmigo. Yo soy una alucinación colectiva.

Krauze, 1979

El gran historiador Toynbee me dijo que el escritor que más admiraba en el mundo era Borges. Se lo dije a él. Era previsible su réplica: —¿Qué culpa tengo yo de que él tenga tan mal gusto?

Petit, 1980

Yo no sé quién soy. Tal vez no sea nadie. Posiblemente una ilusión creada por la generosidad de ustedes.

El País, 1980

He ido aprendiendo a ser Borges.

Tapia, 1982

«¿Borges? ¡Un bluff!» Y yo le contesté: «De acuerdo amigo, pero un bluff involuntario».

Molachino, 1984

Buenos Aires

Como en una mística teogonía, la revolución de 1810, nuestra madre, es también la primera de nuestras hijas. Mejor será decir que nacimos de esa voluntad de ser otros. Venezolanos y argentinos fundaron con batallas la libertad en todo el continente; es famosa la parte que a Buenos Aires le cupo en esas guerras creadoras. Ciento cincuenta años han transcurrido; nuestro país, para el bien o para el mal, es el que está más lejos del español, del indio y del negro. Otra labor de Buenos Aires, la menos sudamericana de las ciudades, fue la literatura gauchesca, invención de señores de la ciudad que por obra de las guerras civiles o de la faena pastoril habían compartido riesgos hermosos con los hombres de la llanura. No sé qué habrá sido Buenos Aires para los primeros porteños; sospecho que la sintieron de un modo casi idéntico al nuestro, ya que las circunstancias importan menos que los conceptos previos. La sentimos

hoy como un instrumento delicado y preciso, como una necesaria proyección de nuestras voluntades y de nuestros cuerpos; en suma, como un hábito indispensable. Más allá de nuestras aversiones o preferencias, es indiscutible que Buenos Aires cumple su voluntario destino de gran ciudad, de ámbito favorable a los trabajos y a los ocios del hombre. Sin el estímulo de Buenos Aires, ni el cordobés Lugones, ni el francés Groussac, ni el nicaragüense Darío, ni, en un plano menor, el uruguayo Florencio Sánchez, hubieran sido lo que son. Agréguese a lo ya señalado la dirección de un vasto país, la sujeción del indio que apenas alejó la superficial conquista española, la asimilación de gentes dispares, la perspicaz y hospitalaria curiosidad por cuanto acontece en el mundo, y se pensará que Buenos Aires puede ufanarse de su siglo y medio de historia.

Estos honrosos y aun gloriosos trabajos Buenos Aires ejecutó, y otro no menos admirable y más enigmático, que es olvidarlos e ignorarlos enteramente, salvo para fines retóricos, cuando el calendario impone una fecha o cuando las autoridades (según la pésima costumbre francesa) rebajan el nombre de una persona a nombre de una calle, apresurando y fomentando el olvido. Otras muy diversas memorias —no sin algún remordimiento lo escribo— suele preferir Buenos Aires: la crónica del Riachuelo y del Maldonado, los anales infames y un tanto apócrifos del cuchillero y del tahúr. A esta curiosa nostalgic de la boue corresponden, según es fama, el culto de la voz de Gardel y el hecho cíclico de que cada cien años nuestra ciudad, como si renegara de su destino, impone a la República el mismo dictador cobarde y astuto y entonces Entre Ríos o Córdoba tiene que salvarse y salvarnos.

He declarado nuestro anverso de luz y nuestro reverso de sombra; que otros descubran la secreta raíz de este antagónico proceso y nos digan si la fecha que celebramos merece la tristeza o el júbilo.

«1810-1960», 1960

Yo no podría vivir fuera de Buenos Aires; estoy acostumbrado a ella como estoy acostumbrado a mi voz, a mi cuerpo, a ser Borges, a esa serie de costumbres que se llaman Borges, y una parte de esas costumbres es Buenos Aires.

Guibert, 1968

Bustos Domecq, Honorio

Con Bioy Casares ocurrió algo misterioso: lo que escribe Bustos Domecq no nos gusta a ninguno de los dos. Pero surge ese tercer hombre y nos obliga a escribir. Y escribimos contra nuestra voluntad. No nos hacen gracia los chistes, nos desagrada el estilo; pero estamos obligados por ese personaje misterioso que engendramos entre los dos. A mí no me gusta lo que escribe; Bioy Casares creo que se resigna más fácilmente que yo, pero tampoco le gusta mucho. Nosotros, por cuenta nuestra, no escribimos en ese estilo, ciertamente. Así que hemos logrado eso. Hemos logrado que surja un tercer hombre y que se encargue de la obra.

Carrizo, 1982